

# Enseñar literatura: la apertura del canon, más allá de los métodos y de las guías de lectura

Albino Chacón

(Universidad Nacional)

---

## Marco general de la enseñanza actual

Más que una disciplina, el estudio de la literatura es una transdisciplina, lo que implica que las clases de literatura, y en general de estudio del lenguaje, juegan un papel esencial, dada la naturaleza articuladora, condensadora de la literatura con otros discursos y saberes más amplios, como la historia, la sociología, la política, la filosofía. Formar lectores es formar ciudadanos y sobre todo a los futuros intelectuales. Por eso, menuda tarea tenemos quienes enseñamos literatura, y qué lejos está esa tarea de la simpleza de considerar la lectura de textos literarios como un pasatiempo, un entretenimiento, un gozo para que el espíritu se solace en la creatividad del ingenio humano y aprecie la belleza del lenguaje. Esa concepción lo único que logra es desactivar el hondo sentido político que la literatura y su estudio tiene, y deja de lado que esta es un campo de lucha, de tensiones, de fuerzas en pugna, de condensación textual de todas las contradicciones sociales y que, por ello, no es casual que en América Latina los escritores hayan sido los primeros perseguidos cuando ha llegado al poder una dictadura, dada la energía movilizadora, transformadora, concientizadora inherente a la literatura. Hay que decir que, más a menudo de lo deseable, nuestras prácticas de enseñanza no siguen o no tienen clara esa función, en una época en que la enseñanza de las humanidades ha entrado en crisis en nuestras universidades.

La vieja pero persistente idea de la literatura como expresión de las “bellas letras” forma parte de la desactivación de su fuerza social, histórica, política. De ahí una tendencia, terriblemente reduccionista, de estudiar la literatura considerando, tautológicamente, que lo propio de esta, lo que la constituye, son las figuras literarias o retóricas, como si la literatura no fuera más que un abigarrado campo repleto de metáforas, metonimias, hipérbaton, anáforas, catacrexis, apócopos, polisíndeton, prosopopeyas, hipérbolos, elipsis, eufemismos, litotes. Los estudiantes de secundaria se encuentran a menudo ante el hecho de que lo que deben aprender, en cuanto a lo literario, es saber distinguir unas de otras, encontrarlas en un texto, clasificarlas, y entonces se dan las evaluaciones del

tipo: señale cuatro metáforas, tres símiles, dos hipérbolos y una anáfora. Y la verdad sea dicha, solo el mal poeta escribe llenando sus poemas con una figura retórica tras otra, como si de eso tratara el ejercicio poético. En nuestras clases de literatura, en lugar de creadores de visiones alternativas del futuro y de la sociedad, a lo mejor estamos formando malos lectores, con una mentalidad fragmentada, incapaces de interpretar creativamente un texto, sin imaginación, sin el libre juego de la mente y de las ideas a que debe llevar la lectura.

La concepción del papel didáctico de la literatura y como ejemplo de las normas de buen uso del lenguaje ha tenido que ver, no solo con la manera como se estudia la literatura, la manera como se elaboran las guías de lectura para la enseñanza secundaria, sino también con la selección de las obras, es decir, con el canon escolar de lecturas, que incluye unas y excluye otras, de acuerdo con el grado de desconfianza que se tiene, por una parte, en la probidad y formación de los profesores y, por otra, en la madurez e intereses reales, vitales de los jóvenes. Dejemos de lado esa idea de que hoy la lectura está en crisis, de que no hay lectores, o esa frase falsa de que los jóvenes de hoy en día no leen. Eso no es cierto; lo que sí es cierto es que sus intereses de lectura son otros y poco tienen que ver con el canon escolar de lecturas.

## El cuento que contamos

Cuando hablamos de comunicación o de información, estamos en un terreno que tiene que ver más con la ficción y con los mecanismos narrativos que ponemos en juego en nuestros discursos cotidianos, que con la realidad misma. Esto resulta fácil de entender cuando nos ubicamos precisamente en el terreno de la literatura: la novela crea una realidad, de que su carácter poético, y su relación con la realidad externa es oblicua, indirecta, insinuante, es decir ficcional, lo cual no tiene que ver nada con falsedad. Los historiadores actuales, por ejemplo, están convencidos de que los acontecimientos no son una externidad al discurso que habla de ellos. La historia es, ella misma, una construcción discursiva, una narración, al igual que la literatura, y por tanto, ficcional. Por su parte, la literatura no pretende contar la verdad: va en búsqueda de la verdad a través de la ficción, en el orden, no de la veridicción sino de la verosimilitud. Las cosas no tienen forma propia, tienen la forma que nosotros les damos con las palabras. De aquí se deriva un principio epistemológico de honda importancia en la tarea educativa: el saber no es factual, es una construcción discursiva que cada sujeto debe aprender a efectuar. De ahí la crítica que es necesario hacer a la forma en que pretendemos evaluar los conocimientos, sobre todo en los niveles primario y secundario.

Lejos estamos de pensar que, cuando hablamos de “enseñar literatura”, hablamos de asignaciones de lecturas, de cumplir con un programa, en cursos que a menudo se muestran altamente insuficientes, especialmente los dirigidos a la enseñanza media, en los que la lectura e interpretación de los textos se refuerza con guías de lectura y resúmenes que se encuentran por doquier, y unas evaluaciones con definiciones y respuestas ya hechas que los estudiantes aprenden de memoria para efectos únicamente de promoción de los cursos.

En el sistema educativo pasamos, del aprisionamiento de los sentidos a la represión de los estudiantes en solo un paso, y en lugar de formar ciudadanos libres, estamos formando ciudadanos sujetados, sin criterio, con guías de lectura e interpretaciones precocidas. El modo como se organiza el trabajo educativo es un ejercicio político; por lo tanto, mucha atención, porque podríamos estar traicionando ahí la esencia misma de la educación, que no puede ser sino la de preparar a los estudiantes para el ejercicio pleno de una ciudadanía libre y crítica.

Ser provocadores de discursos es la única manera de que los estudiantes se conviertan en sujetos con una voz propia y no en un simple eco de saberes que les son ajenos. Que los estudiantes sean voz y no eco debe ser la consigna que guíe el trabajo con ellos, de suerte que la manera como leen les permita crear sus pequeños universos de sentido, equilibrios precarios, cambiantes, provisionarios, pero que son los suyos. Precarios porque son equilibrios siempre en movimiento, que se hacen y se deshacen, pero eso no debería constituir ningún problema. ¿Acaso no ha sido esa la historia de la interpretación literaria profesional? No deja de ser una contradicción que en la historia de la interpretación literaria hayamos evolucionado y dado pasos gigantescos desde la hermenéutica bíblica de los padres de la iglesia, que intentaban fijar un sentido único de los textos, proveniente en última instancia de un Dios, a quien consideraban la fuente y destino de todo sentido. Luego llegaríamos a la teoría de la recepción, que ponía al lector en el centro de la producción de nuevos, variados e incluso contradictorios sentidos del texto; o las teorías desconstruccionistas, cuyo aporte fundamental es el descentramiento del sentido de la obra literaria, al dejar de considerarlo una esencia, una centralidad.

Lo peor es cuando el mismo sistema educativo oficial promueve, incita ese tipo de aprendizajes, de contenidos y de metodologías, y más bien castiga el juego de las interpretaciones, el acto mediante el cual profesor y estudiante establecen una relación de diálogo vital, personal con los textos que leen. Yo interrogo el texto, pero también el texto me interroga, yo le planteo preguntas al texto, pero este también me las plantea a mí. Es a partir de esta experiencia que alguien

que lee se transforma, se plantea a sí mismo como sujeto y construye las bases de su subjetividad. A través de esas experiencias de aprendizaje, en las que la lectura de textos literarios es una experiencia ineludible, devenimos verdaderos sujetos, esto es, hombres y mujeres que, a través de la experiencia, del diálogo con los demás y con las grandes tradiciones históricas y contemporáneas construimos nuestro yo personal, nuestro ser social y nuestra cultura. Se trata de una dimensión política que tiene que ver con las condiciones de producción de nuestra subjetividad y de nuestro ser social en el nuevo orden imperante en el mundo que conocemos como globalización, y cómo esa nueva sensibilidad global afecta la construcción misma de las subjetividades locales, especialmente en las llamadas sociedades postcoloniales, como son las nuestras, y la contribución que para ello puede aportar la literatura.

## En la literatura se busca una mirada

El principio fundamental de la existencia misma es el hecho de que estamos, constantemente, enviando y recibiendo mensajes con nuestra voz, con nuestra manera de vestir, con nuestros gestos, con los medios tecnológicos que hoy tenemos a nuestro alcance, y todo ello, permítaseme decirlo, en procura de una mirada que sepa leer nuestras necesidades, nuestros miedos, nuestras inseguridades, nuestros deseos, en suma, una mirada que sepa interpretarnos, y gracias a la cual podamos constituir nuestra frágil humanidad. La mirada de alguien que, ante nuestra presencia, ante nuestra palabra, ante nuestro grito de íntima soledad, vuelva su rostro y nos haga sentir que, efectivamente, existimos.

Ese es el texto básico que subyace en la inmensa mayoría de mensajes que nos pasamos enviando durante todos los días de nuestra vida. “He escrito decenas de libros –decía el poeta– pero si solo encuentro un lector –uno solo– que se emocione con uno solo de mis versos, la empresa habrá valido la pena”. Cada uno de nosotros es como un poema que se pasea por la vida con un verso escrito en la frente, con el deseo y la esperanza de que, entre las multitudes con que nos cruzamos, alguien no pase indiferente al lado sino que se detenga y se emocione al leerlo.

Esa es la idea fundamental que ha atravesado a la literatura de todos los tiempos, y que constituye la base esencial de nuestra relación con ella, y de esta con nosotros. No el texto literario como unidad, como síntesis de un sentido único, como estructura lingüística coherente de verbos, sustantivos y adverbios, de predicados y complementos, o como un ejemplo de correcto uso gramatical. No, nada de eso. Eso es lo que a menudo se nos olvida cuando estudiamos

con nuestros alumnos un texto literario: cómo en ese texto se conforman, se articulan los sujetos a través de luchas, desencuentros, contradicciones, negaciones y reclamos, en procura de algo que les dé una identidad personal, sexual, religiosa, amorosa, en suma, que le dé un sentido a su existencia. La literatura es, ante todo, un espacio de sentidos en lucha, mediante los que unos sujetos se enfrentan entre sí, se relacionan, se odian y se aman, intentando constituirse. La literatura tiene, así, la función de ser el reactivo, la alquimia que produce esa transformación.

Quienes han leído la novela *El túnel*, de Ernesto Sábato, recordarán el pasaje fundamental de la misma: Juan Pablo Castel es un pintor que exhibe un cuadro en una exposición. La atención de él se concentra en cada uno de los visitantes que se detiene ante su cuadro, uno solo de toda la exposición, y analiza lo que cada uno de ellos mira en él; ninguna de esas miradas previsibles que ven su cuadro de manera general le interesa, porque ninguna alcanza a fijarse en aquello que él quiere que descubran. Hasta que aparece María, quien se detiene frente al cuadro y, contrario a todos los demás, apenas llega fija su mirada en aquel punto que Castel quería que se mirara, porque es el que sintetiza para él todo el sentido del cuadro. Novela que, dicho sea de paso, debería estar dentro de las lecturas recomendadas para los jóvenes de secundaria por el sentido trágico que transmite, hoy que los jóvenes necesitan un poco de sentido trágico en sus vidas.

Encontrar en la complejidad de un texto esa mirada desde la cual cada uno constituye su humanidad, he ahí el máximo goce; no encontrarla, la mayor de las soledades. Hay quienes, por razones diversas, no la encuentran nunca, y entre estos encontramos no solo personas concretas, sino incluso pueblos enteros. ¿Cuál es, por ejemplo, la mirada que históricamente han recibido nuestros pueblos indígenas, si es que han recibido alguna? ¿Cuál tipo de mirada reciben del mundo occidental los pueblos africanos, o los árabes? ¿Cuál es la mirada que reciben los pobres, los miserables en nuestras sociedades? Este ha sido uno de los temas más persistentes en la literatura y en general en el arte a través de los siglos y a través de todas las culturas.

Si algo debe aportar la educación que se ofrece en la primaria, en la secundaria, en la universitaria, y de manera particular las clases de literatura, es la posibilidad de contribuir a que los sujetos tengan la oportunidad de constituirse como tales. Esto quiere decir muchas cosas, pero una en particular: un sujeto lo es cuando tiene un discurso propio que lo expresa, cuando él mismo es texto y no pretexto, cuando tiene una voz que se siente autorizada, valorada, esto es, cuando la educación le ofrece la posibilidad de convertirse en hermeneuta de su

propia condición humana. No es casual que Sigmund Freud haya elaborado las bases de su teoría psicoanalítica a partir de sus lecturas literarias, especialmente de los textos clásicos. O que Lacan haya montado un seminario a partir de su lectura de un texto de Edgar Allan Poe. No somos, ni nuestros estudiantes lo son, ni Freud ni Lacan, pero sí debemos darnos la oportunidad, y ofrecerla a nuestros estudiantes de todos los niveles en nuestras clases de literatura, para que ellos puedan crear los andamiajes de su condición de ciudadanos libres y responsables.

Los intercambios diarios, en la casa, en la clase, llevan un componente autorreferencial: que entiendan nuestra explicación, que valoren nuestras opiniones, que se rían de nuestro chiste, que tomen en cuenta nuestras sugerencias, que aprecien nuestros aportes actúan como una estrategia de construcción del yo. ¿Por qué entonces –tendríamos que preguntarnos– en no pocas ocasiones, hacemos oídos sordos a un excelente análisis, a una propuesta novedosa, a una sugerencia, como una manera, incluso cruel, de invisibilizar a quien la propone? En estos asuntos nos comportamos dentro del juego de poder, como una manera de hacer ver quién tiene la autoridad. Muchas opiniones, valoraciones o juicios son desacreditados incluso antes de ser emitidos, y esto en el ámbito educativo tiene unas consecuencias desastrosas para la conformación de los sujetos, especialmente de los jóvenes. Y que eso lo practique un profesor de literatura, sería un crimen de lesa educación.

Dentro de ese panorama de exigencias que le pedimos a la enseñanza de la literatura, en la primaria, en la secundaria, que es donde trabajan muchos de nuestros graduados, ¿qué papel pueden jugar los exámenes de selección múltiple, los exámenes de pareo, las preguntas con espacios en blanco que deben ser completadas, o las preguntas de falso y verdadero? ¿Cómo puede ser que para las clases de Literatura, o para las de Historia, se impulsen tales tipos de evaluaciones por parte de los diversos agentes educativos, incluso de las propias autoridades ministeriales? Pareciera que Paulo Freire nunca existió ni nadie oyó nunca hablar de la concepción bancaria de la educación. Como lo indica Ken Robinson, “al profesor solo le interesa que se conteste lo que está en los contenidos del temario, lo que provoca la frustración de aquellos estudiantes que son más arriesgados y a los que les gusta improvisar. Eso provoca que cada vez se atrevan menos a pensar de manera diferente por miedo a equivocarse”<sup>48</sup>.

Uno no entiende esa tendencia a transformar todos los textos, incluidos los literarios, en bancos de datos fragmentados, con los cuales se hace imposible crear

48. Ken Robinson citado por Elisa Silió. “La buena escuela no asfixia la creatividad”. *El país*, España (versión digital) 8 de abril 2013.

conocimientos estructurados y significativos y que, además, impiden develar cualquier sentido, cualquier intención que haya estado en la base de su creación. Hablamos de la literatura como actividad creativa, pero a menudo sus formas de abordaje no tienen nada de creativo, ni en el abordaje del texto ni en las prácticas de lectura ni en las evaluaciones, que no permiten al estudiante, ni el profesor se permite a sí mismo, producir discursos alternativos que dialoguen con el texto a través de procesos críticos en que los estudiantes no sean solo un eco patético de las guías de lectura y de las evaluaciones. “La creatividad no se enseña, se potencia. Consiste en establecer conexiones insólitas que se traducen en trabajos altamente innovadores”<sup>49</sup>. Lo creativo tiene que ver con mirar y enseñar a mirar diferente, con hacer trabajos concretos con libertad y flexibilidad, con valorar habilidades y talentos.

¿Qué lecturas se están escogiendo hoy? Es cierto, debemos conocer a los clásicos, y uno se pierde de mucho si no lee a Homero, a Shakespeare, a Dante, a Cervantes y a otros que forman parte del canon occidental. Pero uno se pierde de más si no lee a los contemporáneos, sin que ello signifique que sean mejores o peores; lo cierto es que estos últimos son los que están escribiendo la literatura que nace de nuestro propio contexto, en el que estamos viviendo y, por lo tanto, están hablando de nosotros, de nuestro momento histórico. ¿Es una literatura del “buen decir”, que mencionábamos antes, modosa, educada, bien hablada, sin malas palabras, que desarrolla temas y un lenguaje a prueba de cualquier censura? No, probablemente no. La buena literatura es también nacimiento, sexualidad, terror, malas palabras, violencia, muerte, o sea, la vida misma, y como ésta, expresa lo terrible que encierra la cultura humana, con todas sus contradicciones: la voracidad destructiva del ser humano, lo mismo que el encanto, la grandeza, los sueños, la felicidad de alcanzarlos y también el dolor de no poder hacerlo, como lo ha hecho siempre la buena literatura. Por eso la literatura es como una plaza en donde confluye lo mejor y lo peor de este mundo en que vivimos, en donde converge la violencia y la crueldad, pero también la humanidad, el encanto y el desencanto. La literatura que se escribe hoy, y de manera particular en América Latina, se nutre de muy diversas fuentes, de géneros, subgéneros y estilos que no tiene miedo de mezclar. Como en algún momento definió su propia literatura el escritor Alexander Obando, la literatura es lo que es la vida: un carnaval grotesco, al mismo tiempo que una celebración divina.

---

49. Barrera, citado por Pablo León. *El País*, España (versión digital), 22 de mayo de 2014.

## Otro canon es posible

¿La literatura que están leyendo los jóvenes estudiantes, los textos que seleccionan las comisiones ministeriales les hablan de todo eso, de ese mundo en que para bien y para mal les ha tocado vivir? Porque los jóvenes tienen su propio canon<sup>50</sup>, formado por sagas de magos, vampiros, demonios, y sobre todo ficciones apocalípticas del mundo de hoy y del mañana, alrededor de las cuales se forman incluso clubes de lecturas. En el caso de Costa Rica, existe el club de fans “Divergente Costa Rica”, alrededor de la saga de libros que justamente tiene por título *Divergente*, de la autora Verónica Roth. Otro grupo, que se hace llamar “Los tributos”, lo hace alrededor de la saga *Los juegos del hambre*, de la autora Suzanne Collins, y sus conversaciones giran alrededor de esa distopía futurista.

Es el nuevo fenómeno que ha cautivado a los adultos jóvenes y a los adolescentes porque, además, luego pueden ir a ver las películas y comparar ambos lenguajes narrativos. Todas tienen en común que son historias posteriores a la destrucción de la sociedad, con adolescentes que luchan contra gobiernos opresores que se tomaron el poder después de guerras o catástrofes mundiales. El hecho de que sean libros en los que los héroes principales son jóvenes, les hace las historias más atractivas. Ya antes habían ocurrido los fenómenos de lectura con los libros de *Harry Potter*, de Joanne Kathleen Rowling, y con *Crepúsculo* de Stephenie Meyer. En cuanto a *Los juegos del hambre*, como asegura un joven, “mezcla el amor no correspondido, la realidad de un estado corrupto, la valentía de una persona al tener que ir a una arena e intentar sobrevivir, y en el tercer libro, se pone a prueba a una persona para que sea la encargada de liderar una revolución”. Desde el 2011, el club “Los juegos del hambre Costa Rica” suma unos siete mil seguidores, de los cuales dos mil son activos participantes. La mayoría son adolescentes entre 12 y 18 años, aunque también se cuentan adultos e incluso padres de familia. Según una lectora joven, lo que llama la atención de los jóvenes del libro *Divergente* es la importancia que le da el libro a la capacidad que tienen los jóvenes de tomar decisiones, de creer en ellos mismos y de vencer sus miedos, y cuando lee el libro piensa sobre las propias decisiones que ella debe tomar en su propia vida. Los diversos grupos no solo tienen reuniones sino que comparten muchísimo sobre sus lecturas en las redes sociales. Igual éxito entre los jóvenes ha tenido la saga *Correr o morir* (título en español de *The Maze Runner*, del autor James Dashner), que también tiene su club de fans, llamado “Los larchos”, integrado por jóvenes y adultos.

50. Los datos y citas que siguen en cuanto a las preferencias en las lecturas de los jóvenes están tomados de Ester Vargas Ramírez. “El fin del mundo para jóvenes”, Revista dominical del periódico *La Nación*, 5 de octubre del 2014.

Como lo señala Carlos Rubio, escritor de libros para niños, esto tiene que ver con la caída de las narrativas luego de la Guerra Fría y “las nuevas generaciones que nacen en un mundo de incertidumbres y sin utopías. Ahí es donde entran las Katniss, las Tris y los Thomas, esos héroes que deciden luchar, ya sea por la paz, la libertad o la simple supervivencia”. Es cierto que detrás de todos esos libros hay gigantescas agencias editoriales que se encargan de que no sean simplemente libros, sino bienes de consumo sumamente atractivos. Pero lo cierto es que, más allá de eso, se trata de libros que, como lo señala Rubio, recogen pasiones universales y reelaboran temas que, por lo demás, han sido tradicionalmente tratados en la literatura. Una joven señalaba que podía pasar noches enteras leyendo sobre sociedades ficticias de un futuro opresor, pero en el colegio fue incapaz de completar la lectura obligatoria de *Marianela*, de Benito Pérez Galdós. Lo cierto es que, más allá de que los temas sean sobre distopías del futuro, o bien sobre dramas juveniles “reales” hacía rato no se veía a tantos muchachos con un libro entre las manos.

Esos libros, muchos de los cuales son voluminosas trilogías, nos muestran varias cosas. Por una parte, que no es cierto que la lectura esté en crisis o que los jóvenes no lean. Por otra, que los jóvenes leen con fruición y entusiasmo libros que constituyen un universo aparte de las lecturas que se imponen en el aparato escolar, y que no han permeado aún el canon escolar de lecturas. Sería válido pensar que se trata de obras que, probablemente, muchos de los profesores no conocen. Se trata, entonces, de dos dimensiones de la lectura que se comportan como compartimentos estancos, divididos generacionalmente. En la base de esa confrontación, encontramos el prejuicio de que se trata de *bestsellers* que, como tales, obedecen al orden de la literatura de masas, de la subliteratura y que, además, en la mayoría de los casos serían expresión del imperialismo cultural, con un gran éxito de penetración por las prácticas publicitarias de los grandes consorcios editoriales internacionales, especialmente los norteamericanos. Y en ese marco ideológico, el sistema educativo tendría como función proteger a nuestra juventud del consumismo de esas influencias que atentan contra nuestra producción literaria, contra el conocimiento de nuestros autores y contra los valores de nuestra identidad cultural. Ahí ya no hay diálogo posible.

Olvidamos que en la tradición literaria de todos los tiempos y de muy diversos lugares, los temas y motivos que se tratan en estos libros son los mismos que se han venido tratando en muchas obras de la literatura clásica occidental, desde la Edad Media, para no hablar del cuento maravilloso europeo, o bien la novela gótica o la novela de aventuras del siglo XIX. Por eso, la descalificación apriorística no cabe. Se trata, eso sí, de un nuevo canon que funciona en condiciones muy distintas a las tradicionalmente observadas hasta buena parte del siglo XX, y no

solo por parte del mercado, sino porque los referentes culturales, las formas de socialización y de comunicación de los jóvenes, sus intereses personales, sus preocupaciones por su destino propio y el del mundo parecen andar por rumbos distintos a los de quienes tienen en sus manos la organización de los programas de enseñanza de la literatura en los sistemas educativos en nuestros países.

## Una revisión del concepto de literatura

La enseñanza y estudio de la literatura requiere revisar el concepto mismo de literatura, proceder a un *aggiornamento* a partir de las nuevas relaciones y configuraciones discursivas que el funcionamiento de la institución literaria establece con la llamada cultura popular, con la cultura de masas y con los medios de comunicación en las nuevas e inéditas condiciones de distribución, de consumo y de producción que vivimos hoy, en particular los jóvenes, que viven un mundo y un futuro con perspectivas y horizontes planetarios distintos, con habilidades, destrezas y conocimientos que los hace vivir la cotidianidad y la medida del tiempo de una manera muy particular. Sus principios, sus valores, sus miedos son otros, lo mismo que sus gustos y, claro, los valores estéticos que esperan encontrar en los productos artísticos con los que se relacionan.

Un tema de relevancia que se deriva de lo que estamos planteando y que tiene ver con la necesidad de abrir el canon de lecturas son las nuevas identidades particulares de grupos específicos que hoy están más abiertos a nuevas posibilidades identitarias, ya no de manera subrepticia, furtiva, encubierta, sino con márgenes de libertad inéditos en nuestras sociedades. Me refiero a la literatura que aborda el tema de las diversas identidades sexuales. Su fuerte presencia en la literatura actual, vista esta como instancia de construcción de identidades y de la memoria colectiva misma, otorga a esa inclusión dentro del mundo editorial y dentro del universo de lecturas de los jóvenes, un valor enunciativo fundamental y un carácter políticamente provocador; de ahí la importancia de su consideración dentro del sistema educativo. Lo mismo podemos anotar de la literatura que expresa las inquietudes y reivindicaciones de grupos específicos, como las mujeres, o de otros grupos locales que aspiran a ocupar un lugar propio, un cuarto propio (para parafrasear a Virginia Woolf) dentro de la casa social en la que vivimos.

Hoy, la literatura y los estudios sobre literatura se encuentran en un estadio de inestabilidad, por la apertura que ha habido en el canon tradicionalmente comprendido como literario, sea en los lenguajes mismos, en los temas, en los géneros o en los mismos sujetos productores, dadas las condiciones de producción y

difusión textual que el mundo de hoy ofrece. Esa inestabilidad no debe ser vista como una pérdida, sino como una ganancia, dado que esas nuevas literaturas tienen entre sus características intrínsecas una gran fluidez de fronteras y grandes posibilidades de desdoblamiento múltiples<sup>51</sup>. Esa capacidad de no poder ser aprehendida en una definición unívoca, central única es su gran riqueza, producto de las mil caras en que puede desdoblarse. A este respecto, cabe citar la traducción que la crítica brasileña Jeosafá Fernandez Gonçalves hizo de un texto que un músico escribió a propósito del jazz, pero que puede ser aplicado perfectamente a lo que venimos diciendo de la literatura: “Quieren definir de manera fija el jazz con base en lo que fue, como si el jazz hubiese sido alguna vez algo fijo. El jazz nació lleno de matices, de variantes, y luego de partir de ese punto original, nunca más volvió a él. El jazz siempre va hacia adelante, y nunca más volverá atrás”<sup>52</sup>. Ese descentramiento vivido por el jazz, por la literatura no tiene marcha atrás, y es a la enseñanza de la literatura a la que le corresponde ponerse al día, so pena de volverse obsoleta e intrascendente.

Una última reflexión, dedicada al tema del desarrollo de las competencias lingüísticas, que no nos son para nada ajenas. Sabemos que hoy se habla mal en cualquier lugar. Existe una especie de desprecio por esa cosa tan sencilla que antes era hablar con propiedad. Un obrero siempre trata de tener las herramientas limpias y en buen estado. Pues bien, no hay herramienta más rica y capaz que la lengua, y eso no significa que hay que ser elegantes, aristocráticos, rebuscados en la dicción. Hay una verdad incuestionable: hablar bien es una señal de pensar bien; para reflexionar sobre una idea uno debe contar con las palabras que necesita, para pensarla y para comunicarla. Si las palabras son de buena calidad, eso ayudará al pensamiento; si el vocabulario se reduce y la mala palabra expulsa a la buena, la lengua se va volviendo onomatopéyica y entonces pensamos onomatopéyicamente. Y hay que decirlo, en la escuela se habla de manera muy deficitaria. Asistimos hoy a una pérdida de la función básica de las humanidades que ha llevado a un abandono, a una indiferencia de la comunicación oral y a un empobrecimiento del vocabulario que se utiliza. Como decía el escritor italiano Alberto Moravia: hoy en día los analfabetos saben leer. De aquí, señores y señoras, se deriva una tarea esencial para nuestro trabajo.

---

51. Jeosafá Fernandes Gonçalves (2012). *Ensino é crítica. A literatura no Ensino Médio*. São Paulo, Brasil: Editora Nova Alexandria, p. 100.

52. Jeosafá Fernandes Gonçalves (2012). Mi Traducción al español de la traducción al portugués que Fernandes hace de: *Icons among us: jazz in the present tense*. De Lars Larson y Michael Rivoira. P.J. Gogt. EEUU. Festival Internacional do Documentário Musical. Gobierno del Estado de São Paulo, CINESESC, 2010).

## Sostenibilidad cultural y universalidad. Una consideración final

No se trata de pretender que todo es válido en el patrimonio cultural, que es literario todo aquello que pretenda serlo; que es arte todo aquello que se venda como tal; de igual manera, hay rasgos culturales, tradiciones que merecen ser cuidadas, otras no; hay conductas que merecen ser cultivadas, reproducidas, otras no; hay formas de hablar y razonar que educan y elevan el espíritu y las hay que definitivamente son empobrecedoras. Como en toda herencia, no se trata de recibir globalmente un corpus homogéneo, sino de operar un rescate selectivo que permee lo que el heredero busca reafirmar del corpus heredado, tomar el relevo en su cuidado, hacerlo nuestro y entregarlo luego enriquecido a las generaciones siguientes.

Las culturas son poblaciones de individuos que comparten similar información en cuanto a su historia, sus valores y sus intereses, dentro de un espacio geográfico determinado; una cultura constituye una especie de familia ampliada. En ese sentido, ser una persona es estar construido desde un tipo particular de información cultural que existe en unas determinadas coordenadas temporales y geográficas y que nos definen, emparentan y, a la vez, nos diferencian de otras poblaciones. Esos elementos eran más fácilmente diferenciables en épocas pasadas. Actualmente vivimos una época más complicada; con el advenimiento de lo digital, la diferencia entre el original y la copia, entre naturaleza y cultura, entre lo legítimo y lo ilegítimo, entre lo espectacular y lo esencial, entre lo virtual y lo real se diluye, y eso influye de manera directa en el trabajo educativo, en el sentido de preguntarnos desde dónde, con qué productos culturales debemos educar.

Estaremos de acuerdo en que en nuestra tarea educativa debemos saber diferenciar, en la gran Historia, lo que corresponde a nuestra propia biografía, esto es, que el *gran hipertexto de la cultura universal* tenga un punto leve, tenue, pero claro y directo, desde donde se extienda un *link* hacia nuestra especificidad y geografía cultural, de manera que no nos desvanzcamos en lo heteróclito del maremagnum planetario. Educar para la universalidad no significa la uniformización del pensamiento y de las prácticas culturales indiferenciadas, sino la suma de lo diverso, el lugar de encuentro de las diferencias, incluso aquellas con las que pudiéramos no coincidir.

Universalidad significa la posibilidad y necesidad de plantar nuestra presencia, sin complejos, delante del resto de la humanidad, y desde ahí tender puentes de diálogo. Si eso no lo hacemos con la literatura, si no lo hacemos cuando la leemos y la enseñamos, entonces yo no sabría con qué más podemos hacerlo. Ese es el poderoso instrumento que tenemos en nuestras manos.